

TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ó realidad del Sér Supremo

El es del Espacio, es el es de todo es;—s así, que el Tiempo es esa es;—luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

(CONTINUACION)

Continuaremos: El tiempo no es una entidad sustancial, (1) no subsiste por sí, (2) y le constituyen las modificaciones instantáneas y sucesivas de los seres móviles con relación, como dijimos, al primer móvil, que sirve de fundamento para formar esa eternidad relativa tiempo: (3) de modo que si por un momento supene nos el mundo sin seres móviles, nos veremos obligados a exclamar con el Profeta de Patmos ¡encucluyó el tiempo! (4)

Et tempus non erit amplius: lo cual sucederá cuando la omnipotente voz del que al principio los pusiera en movimiento, detenga su marcha y les fije su eterno reposo. (5) Entonces entrarán los seres en

(1) No puede demostrarse entidad mas sustancial, puesto que el es del Espacio es el es de todo es, el sér de todo sér, la existencia en que existe todo

(2) Precisamente el es del Espacio es por sí y es el único espíritu puro que puede existir sin auxilio de más nada,—al paso que todo lo demás que es, no puede ser sin él. El infinito del cálculo ó del número, por ejemplo no puede ser sino en el infinito del tiempo y del Espacio; y el infinito del tiempo y del Espacio, fué, es y será sin necesitar del infinito del cálculo y del número.

(3) ¡oblimé!! Es decir, que si no hubiera seres no habría es del Espacio (tiempo)!! Que errores tan g oseros! Vamos, esto no lo admitiría el último alumno de lógica de una escuela pia! Y pásmense nuestros lectores! esto mismo constituye la teoría de Kant, pues pensó absurdamente que el Espacio y el tiempo no son más que meras formas del entendimiento, esto es, casi nada, nada!! Tanto valiera decir que el universo no existe y que no es sino una mera forma del entendimiento. Puff!

(4) Incomparable Profeta! El Tiempo le perdóne!

(5) No hay omnipotencia más suprema que la del espíritu puro Tiempo y Espacio;—y este espíritu puro, aunque quisiera, jamás podría destruirse á sí mismo. Al menos, la mente humana no puede concebir la destrucción del espacio, y por consiguiente de su es (tiempo) Desafiamos á toda la sabiduría habida y por haber que demuestre lo contrario.

quietud y adquirirán esa sempiterna presencialidad (1) contradictoria esencialmente de la sucesión que produce en ellos el movimiento instantáneo y continuo que constituye el tiempo. (2) Aquí empieza esa espantosa eternidad que tanto debe hacer estremecer al cristiano, Sr. Vicetto (3).

Pero supongamos que el tiempo sea una sustancia real, entidad que no necesita de otra como de sujeto para subsistir ó tener realidad: entónces ó es creada ó increada: si es creada no puede identificarse con Dios, porque importa contradicción ser si-

(1) Respecto á la presencialidad sempiterna, el es del Espacio (Tiempo) es lo único que hay sempiterno, pues lo mismo es de ir la eternidad del Tiempo que el tiempo de la Eternidad. La eternidad es tiempo como la inmensidad sempiterna es espacio: esto ya lo dejamos demostrado. De consiguiente, esa presencialidad sempiterna entraña como imprescindible al Tiempo y al Espacio (Dios), porque sin tiempo y sin espacio no puede haber nada. El es del Espacio (tiempo), es igual hoy que ayer y ayer que mañana: no puede tener modificación alguna ni en calidad, cantidad etc., porque es la perfección de las perfecciones. ¿Qué quiere decir pues, eso de presencialidad sempiterna? que los seres adquiriendo quietud espiritual la adquieren? tal vez. Pero, en todo caso, a quiérenta ó no la adquieran—que eso es quimerismo puro—jamás, jamás y jamás el es del Espacio (Tiempo) deje de ser lo mismo que siempre fué, es y será.

(2) ¿En dónde y por dónde el es del Espacio (Tiempo), tiene movimiento alguno? El movimiento reside en la REACION (los astros, los seres y las cosas), no en lo INCREADO Y CREADOR (Tiempo y Espacio). Desafiamos á toda la filosofía teológica no teológica que nos demuestre el movimiento del es del espacio (tiempo) Y no nos vengan con la vulgaridad del ayer, hoy y mañana que eso, como dejamos demostrado, no pertenece al Tiempo sino al movimiento de los astros—y en particular de la tierra—al derredor del sol,—en el Tiempo y el Espacio: es decir, pertenece al movimiento de la Tierra alrededor del sol, efectuado EN LA eternidad del tiempo y EN LA inmensidad del Espacio. Dios!

(3) Y á esta lacrimosa guasita del obispo ¿qué contestaremos? Contestaremos que aquien debe espantar esa presencialidad sempiterna es á los explotadores de la gente oscura, á los que toman dinero en nombre de un Dios ideal ó Dios X y dispensan gracias y recompensas en la tierra expidiendo patentes de gloria simoniacamente para la purísima vida de esa presencialidad, anticipándose nada ménos que á la bondad divina!! Medid lo insondable del crimen, lo horrendo del sacrilegio, y os estremecereis seguramente, farsantes!

mul et respectu ejusdem criador y criatura, finito é infinito, simple y compuesto, eterno y temporal, permanente y sucesivo. Si el autor objeta que el tiempo es sustancia increada y por consiguiente el mismo Dios, le contestaremos que esto es imposible, remitiéndole á lo que dejamos sentado de estas dos ideas. ¡Y hay quien confunda la pobre que tenemos del tiempo con la magnífica de Dios, Ser de los seres, Ser simplicísimo, Ser absoluto, Ser siempre en actividad! (1)

«La divinidad tiempo, prosigue el autor, esa entidad que siempre fué, aun en el caos...» Ese es otro error. (2) El tiempo comenzó con el mundo, (3) comenzó con la creación de las cosas, (4) comenzó con el caos; (5) pero ¿y antes del caos, antes de la creación, antes de verificarse aquellas palabras del Génesis *In principio...* había tiempo? (6) había tiempo imaginario. (7) Nosotros por una abstracción del

(1) El Tiempo es *increado* como el Espacio, y ambas percepciones constituyen un solo *espíritu puro*, supremo de todos cuantos pudiere haber. Por lo mismo que el Tiempo y el Espacio no tuvieron principio ni pueden tener fin, y sin embargo son el principio y fin de todo, por lo mismo son INCREADOS. ¿Se quiere más claro?—Ahora bien, el Tiempo constituye la eternidad de Dios y el espacio su inmensidad, y ambas cosas en rigor una sola—constituyen su infinito su absoluto.—Si se quisiera disgregar al tiempo del espacio ó al espacio del tiempo, para destruir nuestra afirmación, es imposible de toda imposibilidad porque no hay espacio sin *es* (Tiempo), ni hay *es* sin ámbito (Espacio).

(2) No hay tal error. Aún admitiendo el caos—que para nosotros es puro quimerismo,—el caos suponía espacio, y el espacio tenía *es*, ser, edad, tiempo, como queráis: luego ¿dónde está el error sino en quien nos contradiga?

(3) El tiempo no comenzó jamás. Nada puede ser *á priori* de su ser, como tampoco puede nada ser *á posteriori* de su ser. Si se quiere que hubo una cosa anterior al Tiempo, es imposible, puesto que esa cosa desde que *era*, ya tenía *es*, ser edad, ó tiempo.

(4) Pero... ¿dónde fueron creadas las cosas? ¿no fueron creadas EN EL Espacio? Pues si había espacio, claro está que había *es* (Tiempo).

(5) El Tiempo como el Espacio no tiene principio. Volvemos á repetirlo por centésima vez, no solo basados en nuestra razón, sino en la ciencia, puesto que donde hay espacio hay tiempo y donde hay tiempo hay espacio.

(6) Sí, porque había Espacio.

(7) Esto de tiempo imaginario es sublime! Cómo puede ser imaginario el *es* del Espacio (Tiempo)? Entonces, ahora también es imaginario el *es* del espacio? Entonces, ahora el espacio no es,

entendimiento imaginamos un tiempo indecimo que precedió á la creación: (1) más importando la idea *tiempo* sucesión de entes contingentes, (2) entonces comenzó el tiempo cuando comenzaron á existir estos entes, antes de cuya existencia solo se dá posibilidad de tiempo; de modo que como dice Perrone: «propiamente hablando las cosas comenzaron á existir, no en el tiempo, sino con el tiempo,» (3) y Balmes «los infinitos siglos del tiempo (4) que concebimos antes de la creación del mundo, no son nada; son tiempos imaginarios (5)

Demostrado que el tiempo es un puro accidente, (6) entremos en el exámen de otro punto. Dice el autor que «materialmente en nuestra pobre intelectualidad,

ahí, á nuestra vista, delante de nosotros...! Qué ceguedad! Qué prurito de negar lo que se vé espiritual y materialmente delante de uno!

(1) Por qué hacer esa abstracción? Si había espacio, había *es*, ser, edad, tiempo, por absoluta precisión.

(2) Volvemos otra vez á desandar lo andado. El tiempo no comenzó jamás, ni para ser tiene que ver nada con los entes. *Es per se* con el Espacio: es el *es* del Espacio, y por consiguiente el *es de todo es*, el ser de los seres, el Ser Supremo, y sino presentad otro ser superior.

(3) Qué error grosero! El *es* del Espacio (Tiempo), siempre fué, siempre es, y siempre será. Lo contrario es imposible; ningún criterio lo admite.

(4) Los infinitos siglos del tiempo, está muy mal expresado: entraña una inexactitud filosófica. Balmes querría decir: los infinitos siglos de duración EN EL Tiempo. El tiempo es inmeasurable, la duración no. Ya hemos repetido que el hacer convencionalmente al tiempo cuantitativo ó rítmico, eso constituye la *duración*. Balmes, pues, se expresó mal en rigor filosófico. La duración es en el Tiempo como la extensión es en el Espacio. No puede haber duración sino en el Tiempo como no puede haber extensión sino en el Espacio.

(5) Y entonces, el *es* del espacio (Tiempo), era y es tiempo imaginario! Soberbio!! El *es* del Espacio (Tiempo), tan real y positivo es hoy como lo fué ayer y lo será siempre!

(6) Aquí viene bien aquello de: lo dijo Blas, punto redondo. ¿Cómo puede nadie, nadie y nadie demostrar que el *es* del Espacio (Tiempo) es un puro accidente? Nuestra *duración* en el tiempo será un mero accidente; pero no el Tiempo! Tendremos aquí á Kraus: el tiempo, para uno, no es más que una *inherencia*. Ya lo creo. Mientras vivamos, el tiempo, respecto á nuestra persona, no es sino una *inherencia*; sin hacernos cargo que antes de nuestra vida y después de nuestra vida en la Tierra, el Tiempo fué, es, y será siempre lo mismo, perfectamente igual y eterno en la inmensidad del Espacio, su *es*.

aun así es la primera de todas las materias, pues la mente humana trazó sobre el supremo y espiritual cuerpo del tiempo lo que es siglo, lo que es año, lo que es hora, lo que es minuto, lo que es segundo... punto, instante, espíritu vital.» y añade que «el mismo Génesis confirma su teoría sobre ser el tiempo la cosa más excelente y admirable que se puede imaginar;» y dá por prueba que hablando el historiador sagrado de la creación de todas las cosas, nada dice del tiempo, porque lo sobreentien- de como sinónimo de Dios. Queda sen- tado que se habla muy claramente del tiempo en el Testamento Sagrado segun lo entendemos los católicos y todos los que de filósofos se precian con razon. Cierto que nada de él se dice en el sentido que quiere darle el autor; (1) pero aun esto admitido ¿se seguiria que es Dios toda entidad que allí no se expresa? ¿se habla acaso de la gravedad, atraccion, afinidad y tantas otras propiedades de los cuerpos, tan im- portantes á ellos como es la medida que marca su duracion? (2)

Preiende tambien sorprender á los incautos (3) añadiendo que «la definición cris- tiana confirma su teoría,» y continúa: «Dios no tiene figura corporal porque es espíritu puro;» poniendo esta nota: «tengase en

(1) Además de todo, favorezca ó no nuestra teoría el silencio del Génesis, nada nos supone lo que vagamente habla del ser del espacio (Tiempo). La naturaleza del Ser Supremo, más que en el Géne- sis, hay que buscarla en el desenvolvimiento de la filosofía humana desde Platon hasta Büchner y Flammarion.

(2) El Tiempo no es la medida que marca la duracion de las cosas. Si las cosas son *en el tiempo* y *en el Espacio* ¿cómo el tiempo puede ser su medida? El cronómetro es el que mide la duracion de las cosas *en el Tiempo*, comprobando este instru- mento su propio movimiento con los movimientos de los astros. La duracion de un fosforo, por ejem- plo, en el tiempo y el Espacio, la mide el cronó- metro, resultando tantos o cuantos segundos ó mi- nutos de duracion de la luz artificial *en el mismo Tiempo y Espacio*: ó lo que es igual, el cronómetro mide el ser (duracion) de ese fosforo *en el Ser Supremo (Tiempo y Espacio)*.

(3) En qué pretendemos sorprender á incau- tos? Nosotros exponemos la realidad de Dios, no la imponemos. Los que pretenden sorprender á incau- tos son los que imponen un Dios ideal ó Dios X, y á nombre de ese ideal y de la fé, es decir, de la ceguedad, lo explotaron todo y batallan noche y dia por seguir explotand. lo todo;—haciendo creer á los incautos que si ellos quieren gozarán de la *presencialidad sempiterna*.

cuenta que no dice es un espíritu puro sino es espíritu puro.» Pues sepa que la de- finicion cristiana echa por tierra su famo- sa teoría; (1) y que Dios es espíritu puro, como dice muy bien el Catecismo, ponien- do el predicado sin el artículo *un*; porque aunque el catolicismo reconoce más espíri- tus que Dios, no son aquellos puros, ni por con-igüente convienen con él ni en gene- ro ni en especie: luego Dios es el solo y único espíritu puro; y como no tiene con- quien confundirse, por eso se le dá el pre- dicado espíritu sin artículo alguno. (2)

PONCIANO, Obispo de Mondoñedo.»
(Se continuará).

AL JÓVEN POETA FERROLANO

DON BENITO VICETTO.

en la noche de la representacion de su drama

EL ARQUERO Y EL REY.

¡Hijas del pueblo! hermosas ferrolanas!
tejed coronas de laurel y rosa
y la frente ceñid esplendorosa
de ese ingenio español; de orgullo ufanas,
vuestras liras templad, nobles hermanas;
y dando al génio una ovacion honrosa
entonad hoy en trova melodiosa
las glorias de ese númen tan tempranas.
No receleis—rendid a ese gallego
tan grato honor cual hijas de Galicia,
que yo tambien a su guirnalda lego
una flor más colmado de delicia;
y al par diré con retronante acento:
¡paso á la inspiracion!—campo al talento!

J. EVARISTO DE PUZO.

Ferrol—setiembre de 1845.

EL PUENTE DA.

III.

La calumnia.

Nuño Perez calumniaba. Hé ahí la venganza que tomaba del desamor de su señora. Vil y miserable, incapaz de abrigar un sentimiento noble y generoso, así correspondia él a la compasion que tuviera doña Leonor de sus desmanes. Ella lo hubiera per- dido con una palabra si hubiera hablado; pero él,

(1) Veamos en qué.

(2) Precisamente véase nuestro texto, y se verá que acentuamos que Tiempo y Espacio cons- tituye espíritu puro, no *un* espíritu puro, puesto que no hay ser igual ni superior á su sér.

para destruir el efecto de esta palabra, sentaba la acusación horrible que volvía loco á su señor; acusación que guardaba armonía con las sospechas vagas del señor feudal de Parga, y cuyo carácter arrebatado le garantizaba más que nada del buen éxito de su calumnia.

La conmoción que las palabras del escudero produjo en el ánimo de D. Gutierre fué tan grande que por unos momentos permaneció desvanecido.

Después, pasados estos momentos, el coraje sustituyó al desvanecimiento; la desesperación al vértigo.

—¡Oh poder de Dios! murmuró el castellano; nada les librará de mi furor á los que así tan vilmente me ultrajan y me arrancan el corazón. Nuño, mi buen Nuño, todo cuanto poseo me parece poco para recompensar tu fidelidad: desde este momento puedes disponer de cuanto tengo, y aun de mi vida si de algo te sirviere.

Gracias, gracias mi noble señor, por vuestros ofrecimientos, contestó el escudero con sardónica sonrisa: yo no hago más que cumplir con mi deber al enseñaros la mancha que nubla vuestros cuarteles, al decíraros lo que mis ojos presenciaron.

—¡Excusado era eso para que yo conociese lo mucho que me amas, pues mil veces me has probado tu adhesión á mi persona. No hace muchos meses que me libraste de la celada que me había armado en el paente de Rabade ese maldito conde de Villalva porque le vencí en el torneo de Bahamonde. Los cobardes siempre tienen que apelar, como traidores, á medios tan villanos para batirse con aquellos que no pueden mirar siquiera cara á cara. ¡Oh! no creas que olvidaré nunca ese servicio que me hiciste: su memoria eternamente quedará grabada en mi corazón; sí, aquí, donde queda también la revelación deshonrosa que acabas de hacerme. Mañana, mañana, Nuño, sabrás como tu señor toma venganza del hombre que tan vilmente le ha ultrajado.

—¿Y qué hareis de él?

—¿Que haré?... matarle.

—¡Matarle! matar á vuestro padre!... ¿estais en vos, D. Gutierre?

—¡Silencio, villano!

Nuño no volvió á decir una palabra más; hizo un gesto de desaprobación y de terror bajando la cabeza al suelo con aparente humildad.

D. Gutierre continuó:

—¿Crees tú que el serlo le defenderá de la muerte? Te engañas, ¡vive el cielo! y muy poco comprendes este corazón acostumbrado desde niño á no perdonar á nadie, á nadie que le ofenda.

—Por Dios, señor, no seais parricida... básteos la muerte de ella.

—No, Nuño, no; luego que Leonor deje de existir, saldrás de mi órden en busca de mi padre, y en el camino... ¿No adivinas lo que haré en el camino, allí donde nadie oirá mis gritos de venganza ni sus clamores de agonía? Mira: le diré que se arrodille á mis plantas, cojeré con mi mano izquierda sus cabellos blancos y con la derecha este puque llevo en la cintura...

—¡Señor!... ¡señor! apiadaos de él... prorrumpió el escudero; es un anciano, es vuestro padre... que si os ofendió tal vez se halle pronto á vestir el

hábito de monje y llorar en un monasterio el delito que ha cometido.

Al implorar así el escudero por la vida del antiguo castellano de Parga imploraba de todas maneras porque la conciencia le imputaba á ello. Su odio no tenía más que un objeto, un fin, Leonor. Así que, las ideas de muerte de su señor parecían aterrarle.

Al calumniarlos tan vilmente, al lanzar aquellas dos víctimas á su furor feudal á su furor de esposo ultrajado, Nuño Perez no contara con que aquel furor sacrificase á los dos. El no buscaba más que la cabeza de la mujer que amaba y que le despreciara. La cabeza del anciano baron de Parga, nada le había hecho, ningún mal á su corazón apasionado, y aquella cabeza también caería.

Esto parecía desesperarle.

Quiso interceder aún otra vez, y su señor se volvió á él con voz colérica.

—¡Calla por Cristo! exclamó; y no vuelvas á interceder jamás por los que me ultrajan: no pidas piedad para ese hombre que en vez de contribuir á mi ventura, aun á costa de su avanzada vida, tuvo la osadía la infamia y la crueldad de seducir á mi esposa, á la esposa de su hijo!

Estas últimas palabras las pronunció con tanta rabia don Gutierre que resonaron en el patio del castillo como el gurgajo abullido de una fiera.

En seguida prosiguió:

—¿No dices que los viste...?

—Cierto.

—¿Pues entonces, cómo he de perdonarles? caigan esas dos cabezas culpables á los golpes de mi maza, y sus cadáveres servirán de pasto á los hambrientos lobos de nuestras montañas; y tú, si vuelves á despegar los labios para pedir por ellos, ¡tiemb!at!

—Perdonad si...

—Nuño, retírate hasta el alba.

—Quedad en paz, murmuró entonces el escudero despidiéndose con humildad de su señor, y lanzándole al salir una mirada de soslayo, una de esas miradas siniestras que nos hacen estremecer involuntariamente, pues parece que preñan una desgracia irreparable.

Don Gutierre se quedó solo, triste y meditabundo, con los ojos clavados en los grandes retratos de familia que, inmóviles en sus dorados marcos y con aquella expresión de gravedad que llevaba consigo el sello de una nobleza sin tacha, se ostentaban en las paredes de la cámara.

IV.

El esposo ultrajado.

Algunos minutos después, el reloj del castillo de los Pargas dejó oír nueve campanadas que esparramó por el espacio el helado viento de otoño; y á estas vibraciones metálicas pareció salir de su estupor el señor feudal, harto tiempo inmóvil y silencioso en su sillón.

Como si no esperase en efecto más que esta hora para llevar á cabo algún proyecto terrible, se levantó lentamente de su asiento, y se dirigió á una ventana.

El viento silbaba por entre las mal cerradas,

hojas, y sus notas lúgubres y siniestras coincidían con los tormentos de su alma

Don Gutierre las abrió repentinamente como si, abrasada su cabeza por una fiebre voraz, buscara algún alivio en la frescura de la noche.

Se asomó con avidez, y con los ojos espantosamente fijos en frente de sí, se perdieron sus miradas en la oscuridad densa y aterradora.

Luégo, se volvió al fondo de la cámara, apagó la luz que la iluminaba, y se dejó caer en su sillón favorito.

Pocos momentos despues volvió á levantarse y á asomarse á la ventana.

Miró.

Esta vez, entre la nebulosa oscuridad de la noche, distinguió á su frente una cinta de luz rojiza.

La impresión que recibió al distinguirla, agitó todos sus miembros, y un sudor frío inundó su abrasada frente.

Aquella cinta de fuego que se dibujaba entre la lobreguez del espacio correspondía á la habitación de su esposa. La formaba su ventana entreabierta.

(Se continuará).

BENITO VICETTO.

LA PARTIDA DE COLON

Rasgando el velo de la noche oscura,
lucero refulgente
señala la extensión del horizonte;
confusa claridad en la corriente
del impetuoso mar las blandas ondas
bordando va con flámulas de plata;
la luz aerece, el brillo se dilata,
y mal envuelta en sonrosadas nubes
aparece la aurora,
prestando á la natura,
con su serena faz encantadora,
cándida sencillez, dulce hermosura.
Luce el brillante sol, señor del día,
y al asomar, presenta en homenaje
el jilguero su dulce melodía,
las rosas, con su aroma,
el pintado color de su ropaje;
blando arrullo el ambiente,
y ópalos mil la cristalina fuente.

Ya de la playa en la salada arena
confusa multitud su huella imprime,
y ya la mar serena,
cual si estuviera de luchar cansada,
solo se agita en ímpetus ligeros
al compasado son de los remeros.
De un lado está la patria afortunada
de Viriato y del Cid, del otro en vano
con su tinta azulada
remeda al horizonte el oceano,
ese insondable mar que maravilla,
majestuoso y sublime hasta en el nombre,
donde se ve que en incesante anhelo
con la imponente autoridad del cielo
lucha terrible el corazón del hombre.

Saluda al viento el caracol marino,
triste clarín en cuyos tristes ecos
agorero parece que el destino
dice á la playa revoltosa: ¡Luto!...

con un gemido atronador contesta
la turba recelosa

que gira en instantáneo torbellino,
al tocar la verdad de su partida.

¡Empresa aventurana,
tan grande y atrevida,
era buscar una region soñada!

La dulce madre, la adorable esposa
que el fruto del amor lleva en su seno,
el inocente y desvalido infante
y el decrepito anciano,

padre infeliz ó cariñoso hermano.
En esas ondas que sus plantas besan
para alcanzar las lágrimas que lloran,
miran la tumba de su bien querido,
ó de remotos mares arrojado
ven flotar su cadáver destrozado.

Pero la altiva y z del sentimiento
se remonta atrevida en el espacio,
y si descende se la lleva el viento.
Por eso sordo el misero ambicioso,
seducido por sueños de fortuna,
camina decidido

para ingresar en la aprestada flota
que en el timon premio y carcomido
lleva escrito el acaso por derrota.

«Al mar», pronuncia con acento rudo
una robusta voz, tan poderoso,
que herido el viento por su timbre agudo,
veloz la agita en sus potentes alas.

Era la de Colon: del oceano
hijo precoz y su mayor tirano,
el que al bramar la indómita torpeza
gozaba en el aroma del ambiente
fruto robado á incógnitas regiones;
el que en penosa cuenta

por el reflujo de la mar media
de la opuesta barrera la distancia;
el que en justa arrogancia
la extensión de los mundos dividía.
Era Colon, el génio sobrehumano
por estúpida grey escarnecido;
era el hombre escogido
para ser ÉL por la suprema mano.

Ronco estampido, de presagios lleno,
dió la señal de leva, y en la playa
un grito de dolor desesperado
fué á despertar el viento sosegado,
y de las lonas al ligero impulso
en el vago horizonte se perdieron
las blanquecinas velas
de aquellas inmortales carabelas.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

1855.

Sr. D. Benito Vicetto.

Camuñas (provincia de Toledo) 3 de setiembre de 1874.

Muy Sr. mio y aventajado historiador de la patria: No puedo ménos de felicitar á V. por sus nuevos triunfos literarios.

La *Revista Galaica*, que tan acertadamente V. dirige y redacta, merece los justos elogios y sinceros aplausos de los amantes de Galicia y sus glorias.

Las páginas de la *Baronesa de Frige*, tienen una alta mision que desconocen la mayor parte de los demas escritores galaicos; combatir la supersticion y el fanatismo, por desgracia tan arraigado en nuestra querida patria.

Si mi humilde pluma puede ayudar en algo en tan sacrosanta empresa, está á su disposicion. Me honraria mucho que las columnas de la *Revista* dierran cabida á mis trabajos por la santa causa de la libertad, la civilizacion y la verdad, á la que he consagrado mi vida en contra del fanatismo, la supersticion y la barbarie.

Remito á V. esas poesias y el primer artículo de unos ligeros estudios sobre la *Iglesia cristiana española*. Tal vez esto último levante polvoreda entre obispos y clerizontes. Me alegraria infinito porque seria la ocasion propicia de destruir todas las supersticiones religiosas y derramar la luz sobre tantas conciencias sumidas en las tinieblas del oscurantismo y del error.

Sea lo que quiera, V. hará el uso más conveniente que crea de mis escritos.

Aprovecha esta ocasion para ofrecerle los respetos de su profunda consideracion su siempre afectisimo admirador q. s. m. b.,

Jelixa Moreno Astray,

LA IGLESIA CRISTIANA ESPAÑOLA
en sus relaciones
con las demás sectas anticristianas.

PREÁMBULO.

La religion católica, no la cristiana, no es sino un «adulterio» enclavada en el seno de la sociedad; — si uno nace, paga; si uno se casa, paga; si uno quiere a fé de vida, paga; si uno quiere la fé de bautismo, paga; si uno quiere comer carne en ciertos días, paga; si uno quiere a arse con una prima ó cuñada, &c., paga; si uno se muere, paga; — en fin, sobre todo impone ser chos esa religion que llama al vino la «sangre de Dios» y se lo bebe solemnemente como los antiguos sectarios del dios Baco que divinizaban el vino llamándole sangre de Dios.

B VICETTO.

(BARONESA DE FRIGE, REV. GALAICA,
NÚM. 2, PÁG. 16.)

Estas palabras del distinguido poeta y eminente historiador galaico don Benito Vicetto, ilustrado director redactor de esta *Revista*, nos servirán de epigrafe en los presentes estudios histórico-dogmáticos que sobre la iglesia cristiana española vamos á emprender.

Serán lema de nuestro escudo tan gráficas y significativas frases, porque el Sr. Vicetto, es el primero y el único escritor galaico que, rompiendo con las groseras y supersticiosas creencias religiosas de su país, comprendiendo la verdadera mision del historiador, levantó y levanta su voz robusta y poderosa en nombre de la civilizacion y de la libertad para llevar la luz de la ciencia, de la verdad, del progreso y de la fraternidad al más oscuro rincon de esta desgraciada Galicia, digna de mejor suerte. ¡Loor eterno al Sr. Vicetto! Cábele la gloria de ser, no solo el primer historiador pátrio, sino el primer adalid en tan noble, en tan

santa empresa en el hermoso y fértil territorio regional. Aguirre Galarraga, Faraldo, Ruiz Pons han bajado á la tumba de los héroes y de los mártires de la libertad llenos de gloria. Su nombre no perecerá jamás.

Siga, siga el Sr. Vicetto, único campeón que nos queda de tan ilustre pléyade, su sacrosanta empresa, seguro de que la posteridad ha de tributar el merecido lauro á sus desvelos, repitiendo su nombre con la admiracion y el respeto que se debe siempre al génio, al apóstol de la libertad y la civilizacion.

Si como poeta, como novelista y como historiador, ha sido siempre el Sr. Vicetto el poeta, el novelista y el historiador de Galicia, la energia y levantado espíritu con que ataca ciertas instituciones caducas y nocivas para todas las nacionalidades, pero axfisiantes y ponzoñosas para nuestra region desventurada, bastaria para elevarlo al rango del más profundo publicista del país.

I.

Primeras épocas del cristianismo en España.

Cuando la rica, hermosa y floreciente España gemia aún bajo la dominacion romana, la divina luz del cristianismo ilumino su horizonte cual astro esplendoroso de gloria, de civilizacion y de libertad.

Credula opinion comun es en la península, introducida por el más ciego fanatismo y la más grosera supersticion, que el apóstol Santiago el Mayor, trajo á ella la luz del Evangelio predicando é instituyendo discipulos é iglesias, — creencia alimentada con un sin número de fbulas y cuentos portentosos.

Tales pretensiones carecen de sólido fundamento. El apóstol de que se trata es Santiago, el mayor, hermano de Juan y uno de los tres amigos más íntimos de Cristo. Segun los «Hechos de los Apóstoles», Herodes le mató á cuchillo: Herodes Agripa, hijo de Herodes el Grande, al frente de la Judea por favor del emperador Caligula, su amigo de infancia, es el que mandó degollar á nuestro apóstol: murió el año 44 de la era cristiana. Esto es indudable. Por lo tanto es preciso confesar que la muerte de Santiago debió ser antes de esta fecha. Y lo que es natural su pretendida predicacion en España, fundacion de iglesias, etc. etc., debió tener lugar ántes de su muerte. Mas segun los «Hechos apostólicos» ántes del año 44 ninguno de los apóstoles habia salido á predicar de la Judea y Antioquia, pues cabalmente en esa fecha se empezaba todavia á organizar la iglesia en Antioquia y Jerusalem primeras iglesias cristianas: todavia no se habia celebrado el concilio de esta última ciudad y la mision á los paganos, á los gentiles comenzó más tarde en gran escala con las predicaciones de Pablo.

Por más que la mayoría de los historiadores españoles dén pábulo á tan erróneas doctrinas, la luz del Evangelio y de la sana crítica destruye tan infundadas suposiciones estableciendo la verdad sobre materia de suyo tan importante.

Cuentan, pues, las historias, como Santiago, hijo del Zebedeo, por sobrenombre el Mayor, des-

pues de predicar en Judea y Samaria, vino á España, predicó en Zaragoza, construyó un templo con la advocacion de la Virgen del Pilar. Vuelto de España á Jerusalem, fué muerto por Herodes. Tomado su cuerpo por sus discipulos y puesto en una nave costeando España, apertaron á Padron el 25 de julio, y el 30 de diciembre lo trasladaron á Compostela (Santiago de Galicia). Allí estuvo el cuerpo olvidado hasta que en el siglo VIII en la época de don Alonso fué mila rosamente descubierto. Despues apareció al rey don Ramiro en la batalla de Clavijo sobre blanco alazan, la espada centellante acuchillando moros.

Tal es la tradicion popular y religiosa del establecimiento del cristianismo en España, tradicion llena de patrañas y extravagantes invenciones.

El docto historiador Mariana al referirlas dice: «La antigüedad de estas cosas y otras semejantes junto con la falta de libros, hace que no nos podamos allegar con seguridad á ninguna de estas opiniones ni averiguar con certidumbre la verdad. Quedará al lector libre el juicio en esta parte.

El papa Paulo III le dá á todas estas tradiciones la sola autoridad de San Isidoro.

Clemente VIII la tradicion de algunas iglesias de aquella provincia. Despues los cuentos de los Breviarios y cuantos han explotado la tradicion se esforzaron en sostenerla.

Las palabras del docto Mariana «Nosotros no tenemos propósito de alterar opiniones semejantes» lo dicen todo.

Más sólidas razones cuenta la opinion de los que sostienen que el apóstol Pablo fué el primero que anunció el Evangelio en España.

Por de pronto en la Epístola á los Romanos cap XV. v. 28 dice el mismo San Pablo: «Asi que cuando hubiere concluido esto y les hubiese con signado este fruto, pasaré por ahí, á España.»

Los antiguos Padres griegos y latinos Eusebio y Teodoreto, San Epifanio y otros aseguran que Pablo efectuó éste viaje y aún en su estancia en España envió discipulos suyos á Arlés y Narbona á predicar el Evangelio.

No sólo es esta opinion comun en los siglos tercero, cuarto y quinto, sino que aún autores eclesiásticos, como Beda y Usnardo, lo confirman.

Es indudable además que San Pablo dejó á Ruffo como obispo de Tortosa y los arzobispos de Tarragona no renuncian todavía al título de primados de la Iglesia Española.

No pretendemos herir susceptibilidades, ni menos destruir grandes intereses religiosos creados y sancionados por largos siglos; pero si decir la verdad á fuer de historiadores imparciales, cueste lo que cueste.

Pasaron ya las ominosas épocas en que las hoguearas inquisitoriales hacian enmudecer ó tergiversar la verdad aún á los hombres más rectos y de buen sentido.

Hoy, el hacer coro á sabiendas á tales despropósitos seria un crimen, por más que un pueblo entero se sienta lastimado en sus más fanáticas y absurdas supersticiones. Nosotros, pese á quien pese, hemos de decir siempre la verdad.

FÉLIX MORENO ASTRAY.

(Se continuará.)

MISTERIOSO CONTRASTE.

Por cumplir un afán del alma mía
busqué amistad y amor, busqué un cariño
puro y sincero como lo sentía
mi corazón de niño.

Ruda fué la lección, pues mi desvelo
sólo halló el desengaño más profundo:
ángel creía que habitaba un cielo
y vivía en el mundo.

El ser dichoso y libre así cambiaba
su dulce libertad, por torpe yugo;
la víctima inocente se entregaba
en manos del verdugo.

Llegó la reflexión, y hallé en mi mismo
después de que perdiera la inocencia,
un corazón al borde de un abismo
y un alma sin creencia.

Tarde ya, recobrando alguna calma
en amar insistí, más fué importuno:
busqué amor en el fondo de esa alma
y no encontré ninguno.

No tengo corazón, -dije, - y la mano
puse sobre él para escuchar su embate;
latía sin sentir. ¡Exámen vano!
no lo tengo y me late.

Redoblé mis esfuerzos, con más brio
sus pliegues recorri y hallé de cierto
que latía, es verdad, pero vacío
de toda sensación ¡Luego, Dios mío,
lo tengo .. pero muerto!

Este contraste que mi empeño abate
profundamente la atención me llama:
¿si tengo corazón por qué no ama?
¿y si lo tengo muerto por qué late?

VALENTIN L. CARVAJAL.

Orense, 1874.

GALICIA PINTORESCA

PASO DEL RIO ULLA POR S. JUAN DA COVA.

Desde el Puente-Ulla se acerca el viajero por un sendero estrechado por los mimbres é inseguro por el surco de los arroyos, á la mole granítica de San Juan da Cova, que se extiende y abulta sus formas, como el último término de la fantasmagoría. Al través del verde-gay del céped humedecido por la niebla de la mañana, se distingue la caries secular de este tubérculo titánico, formado por los aluviones de los siglos. Los cambiantes desaparecen, las medias tintas se borran, la suave armonía de un valle se cambia en la árida lontananza de una montaña.

El viajero contempla una naturaleza gremuda, salvaje, de anchos surcos y profundas sajaduras, indecisa entre la ley de gravedad y el derrumbamiento.

Entonces adivina los saltos espumosos de agua, las cascadas bullidoras, los torbellinos del viento, la creciente del álveo. *San Juan da Cova* es el aljibe de las tormentas, el *odre de los vientos* de la fábula. Los habitantes del campo le llaman *el pozo*. Bien dicen los aldeanos, que del *Pico-Sagro* salen las tempestades que barren los sembrados.

Al acercarse el viajero á los bancos de este promontorio, tal vez abierto por el rayo, sureado por el río, abandonado por el torrente y ensanchado por los años, se reconoce el paso violento del hierro, del fuego y del agua; los primitivos elementos se han conjurado contra la tierra (1). *San Juan da Cova* no es un salto de agua, una cascada, un *tajo*: es un camino cubierto que abrió el río para llegar al mar. Es el desgaste secular de un lago que ha mellado siglo á siglo, capa á capa, la hercúlea vertiente de cuarzo del *Pico-Sagro*: glasis gigantesco de esa pirámide de los aristas que domina el valle como el castillo señorial de los siglos. El agua señaló el *paso*: los años y los hombres hicieron lo demás. Se franqueó el camino cubierto. Desapareció el remoto lago de la *Ulla-alta*, y se ahondó lentamente el *paso* de *San Juan da Cova*.

Entrgado el viajero á una insegura barca, que fluctúa oscilante como un ave muerta en las colinas y precipitada en el río, se fatiga en medir con sus ojos las dos montañas, separadas, no por rápidas pendientes y precipicios sombríos, sino por sinuosidades agrestes que ya lanzan en el río sus flancos abultados por la yedra y la retama, ya impacientan las tranquilas orillas del *Ulla* en profundas ensenadas cubiertas de laurel y sauces. Cuando se cruza el *paso*, como no se reconoce de una mirada la línea que sostiene el azul del cielo, parece que se derrumban ambas montañas, y el viajero vuelve los ojos hacia las márgenes del río para reconocer el asiento inmóvil de la sierra.

La soledad se alberga en los sombríos remansos de las aguas. Murmullos vagos, rápidos, inarticulados, van á morir en las corrientes del *Ulla*. Son los acentos melancólicos de las invisibles náyades, cuyo caso seno ocultan de la avida mirada del viajero. Se recogen llorando como las doncellas sorprendidas en el baño. El eco apaga e las melodías del agua removida, estas cadencias sostenidas por las linfas murmuradoras en derredor de un guijarro ó de una raíz desprendida; dulcísimos acentos modulados por el aire, que con ivan la imaginación como una plegaria sin templo, como un arrullo sin cuna. El agua refrena su curso; la brisa llega desvanecida al fondo del precipicio; la luz baja hasta el río á medida que el sol sube al Mediodía.

En las crestas de las montañas no asoma ni se espanta la cabra; no se encuentran senderos para los hombres y las ovejas. Desaparece el pastor, que es el

(1) El rompimiento del río *Ulla* en *San Juan da Cova* habrá sido ocasionado por una gran catarata, auxiliada de un desagüe artificial, como ha tenido lugar en el peñascal de Reboredo (provincia de Orense) para dar salida á las aguas de la laguna Antela ó de la Limia. Las mesetas de las dos montañas que suben hasta su cima, las condiciones geológicas de la eminencia interrumpida, y el terreno de aluvión que se descubre en las tierras superiores, revelan que una abundante cascada se abrió paso en *San Juan da Cova*, ensanchando sus proporciones el trabajo multiplicado de los escavos romanos, y el laboreo de los siglos. En un principio el valle de la *Ulla-alta* cerraba un prolongado lago. En el *Monte Das Lousas* (contiguo á una de las eminencias del paso de *San Juan da Cova*) aún se reconocen los bancos de arena que alzan en el fondo las corrientes de los ríos.

hombre de la soledad. Desaparece el viajero, que es el hombre de las veredas públicas. Desaparece el anticuario, que es el hombre de las ruinas. El buitre ó el milano, tan elevado para el barquero, tan cercano á la cima de las montañas, cruza el espacio como un relámpago de vida. Apenas se le distingue, porque no hay tiempo para medir con la vista la elevación de su vuelo descubierto por el estrecho sendero de colina á colina. Sobre el rápido vuelo de las aves reconoce la lenta y penosa corriente de las nubes. Las aves sobre los hombres: Dios sobre los hombres y las aves.

Las dos montañas del *paso de San Juan da Cova* que se remontan á 200 piés de elevación sobre el nivel del río *Ulla*, estrechan sus márgenes en un espacio de 10 á 12 piés, y ahondan su álveo en un *pozo* de 78 piés de profundidad. Una tranquila ensenada extiende sus aguas antes de llegar al estrecho. En la embocadura del *paso*, del sudoeste al nordeste, se reconocen los vestigios de un muro practicable que llegaba hasta la esplanada de la orilla izquierda del río: en la pendiente de un pequeño banco que se adelanta como un reducto natural, se distingue el marco de una puerta sin dintel, que guía al viajero á una hondonada que no lleva al río, entorpecida por los escombros de un antiguo monumento, que ya prisión, ya ermita, ora convento, ora alalaya, revela la aulacia humana, colocando una miserable fábrica de piedra amenazada por los *alutes* del invierno. Los monumentos tienen sus precipicios como los hombres: un templo ó palacio levantado en el declive de esta montaña equivale á una cuna colocada bajo el ángulo de un techo arruinado. Al distinguir en la pared natural de la sierra un hueco requemado, al cual conceden las proporciones de un antiguo altar, comparecen delante del viajero los tiempos primitivos de la historia. Se comprende el cenobitismo errante, la oración solitaria, el apartamiento místico de los placeres mundanos. La fantasía cree distinguir la sombra de un anciano de barba encanecida, cuyos desnudos piés gastan el césped, marcando entre las ruinas y las retamas, senderos invisibles que siguen al mediodía los lagartos de la montaña. Se adivina el acento melancólico de la campana de una ermita, conjurando la tempestad y elevando al cielo el himno de la soledad, acompañado del órgano de los torrentes y de las cascadas. La perezosa niebla que se aparta del fondo de un oscuro sumidero, disipando sus emborronados celajes entre los retorcidos troncos de la yedra, representa los sayales de una comunidad de ermitaños que salen á calentár al sol sus vestiduras humedecidas en una miserable catacumba.

En medio del *paso* se encuentra el espacio llamado la *linaja*, por el remolino de las aguas impelidas: así se descubre que debajo del río los derrumbamientos han elevado multiplicados promontorios inaccesibles á los vivos. Mas allá, un nuevo dique revela que este inmenso pulmón donde respira el río para fecundar el valle de la *Ulla baja*, ha sufrido una violenta cortadura, formando una vega en declive, que se parece á la puerta de un buque: su figura casi elíptica, comprimida hácia la empuencia, le ha dado el nombre de *bodega*. La vegetación sale entre las grietas del cuarzo, en los encuentros de las peñas, en el *humus* apilado por los aluviones, y en los escombros calcáreos de las ruinas; el río refleja en sus oscuras y tranquilas aguas el follaje de los árboles, como un paisaje fantástico que el arte coloca en lontananza, en el fondo de un marco de una ventana ó detrás del dintel de una puerta. La barca deshace los troncos dibuja los en la corriente, y á su paso las hojas se desprenden de las ramas multiplicadas en el agua, como el viento de otoño hace rodar en los bosques las hojas secas que empujan durante el invierno los mó-

gados harapos de los pastores. En cambio las dos eminencias del *paso* se adelantan presentando un angosto cruce que cierra como un estanque las aguas del *Ulla*, hasta que revolviendo la barca, se descubre el recodo sombrío que entorpece las corrientes del río, desgastando su elevación en las pendientes descarnadas que bajan hasta el árido valle que se encuentra al lado opuesto de *San Juan da Cova*. El viajero se imagina que cruza las tranquilas aguas de un dique, entre los gigantescos costados de dos navios que han resistido las borrascas del océano. Aquí se distinguen masas silíceas de formas irregulares y caprichosas, cuyo glúten se descompone con la acción del aire, rodando sus fragmentos por la pendiente, que ya parecen grupos recatados de personas ocultas, ya pelotones de hombres sospechosos.

Allí se reconocen heridas restañadas en la epidermis de la sierra: fuentes de escasa agua, que como la sangre coagulada sobre un cadáver, dejan un rastro oscuro y limoso en las grietas de la montaña. Acá, en una eminencia que es una cúpula irregular de cuarzo quebrantada sus cimbras por la yedra y abultadas sus aristas por el musgo, un manojo de sarmientos adelanta sus descarnados músculos hacia el río, como lanzas apiladas en una torre de defensa. Acullá una saja dura gigantesca como una amputación enconada por el estremecimiento de las tormentas, señala un desmoronamiento irresistible, cuyo eco se extenderá por el valle con el violento estampido del trueno. Un pino de greña a copa, como un bandido acostado al sol, echa sobre el río su cabeza inmóvil. El rayo ha señalado su composición entre las brillantes cristalizaciones de cuarzo, con un surco pavoroso y sombrío, que á la distancia en que se encuentra el viajero se parece á una culebra extendiendo su cabeza sobre la cima de la eminencia para espíar el vuelo indeciso de la alondra. En los huecos de las peñas, formados por el sacudimiento de las tormentas, se descubren los nidos de las golondrinas como cunas salvajes suspendidas sobre los torrentes. Las aves del desierto extienden su cuello y baten sus alas contra la montaña rastreando el angosto asilo donde se percibe confusamente el lánguido pio de sus crias, como en el alero de la ermita solitaria ó en la grieta de la almena arruinada. Las golondrinas rizan al pasar las aguas del río, y torciendo su vuelo dejan ver el albo plumaje de su pecho, como si llevasen en el pico una maciposa de alas blancas. El viajero las sigue con la vista y admira en silencio cómo la maternidad se esconde sobre el albergue de los reptiles empozoñados y debajo de las peñas apiladas por los derumbamientos. El color oscuro y sombrío del *Ulla* detenido y ahondado, apenas se refleja en el color de tierra sombría de las eminencias. El sol espárcese sus rayos al través de las retamas y de los sauces, y en los remansos de las aguas presenta focos de luz vacilante que descubren en la superficie las arenas del fondo.

El viajero emplea cuatro minutos en la travesía del *paso de San Juan da Cova*. El río se comprime, y el horizonte es interrumpido por la revuelta gigantesca de las dos montañas. Después, mírese atrás ó adelante, la naturaleza vuelve á sonreírse ataviada y florida. Es el día saludado desde la puerta de un calabozo; es la aurora que disipa la penumbra de una noche oscura. El doble panorama que se presenta al viajero es delicioso y sorprendente: en lontananza se descubren bosques, capillas, alquerías, viñedos, campos cubiertos de inquietas espigas y prados de suave entonación. En cambio el *paso de San Juan da Cova* es el fondo oscuro de este paisaje pintoresco: colocado en medio de ámbos valles, es el lindero titánico de dos comarcas. No alimenta una vigorosa vegetación, porque los árboles no pueden refrenar sus sacudi-

mientos: abre sus compuertas naturales al río *Ulla*, porque trae consigo los torrentes y avenidas que corresponden á sus contornos hercúleos. Allí hará morder las aguas tumultuosas en sus ángulos de hierro. Rompa el rayo las plomizas nubes, y desgaje una roca. Llegue una tempestad, y ensanche la mina abierta por los siglos; su mole inmensa huseará nuevas mesetas, echando tierra y escombros sobre el río. Aún puede desafiar la cólera de los elementos, hasta que el hundimiento de sus rocas, amontonadas en el fondo del *paso de San Juan da Cova*, vuelvan á interrumpir la corriente de las aguas.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Ulla baja, setiembre, 1851.

Á ARES.

¡Oh, Ares! tierra bendita,
amena y feliz region,
vergeado el placer habita:
á tu recuerdo palpita
mi entusiasta corazón.

Cuantas veces en tu playa,
que baña el mar con sus olas
las alegres barcarolas
del marinero escuché,
y en mis juegos infantiles
vi deslizarse esas horas
tranquilas y seductoras
que jamás olvidaré.

Yo quisiera en mis cantares
reparar toda la historia
que guarda fiel mi memoria
del tiempo que breve huyó;
juegos de la edad primera,
ensueños, locos amores,
placeres y sinsabores
que mi alma atesoró.

En tus frondosos jardines
juramentos y promesas,
suspiros, gratas sorpresas
del primer amor gozé;
y de la noche callada,
el silencio misterioso,
melancólico, amoroso,
con mis cantares turbé.

Ares, escondida rosa
del Ziscada en la ribera,
cuna de mi edad primera,
fresca y mágica mansion,
tu cielo siempre riente,
tu campiña siempre amena,
tu costa alegre y serena
de Galicia galardón.

Recuerdos trae á mi mente
tan dulces y seductores,
como el suspiro de amores
de apasionado doncel.

Salud Ares, pátria mia,
 hoy ausente de tu suelo
 vivo con el grato anhelo
 de regresar a ese Edém.

Lo risueño de tus valles,
 las umbrosas alamedas
 y apacibles arboledas
 de tu encantador pensil,
 me inspiran estos cantares
 que acaricia el alma mia
 cual la vaga melodía
 que canta niña gentil.

Salud, Ares, pátria mia,
 amena y feliz región;
 mi corazón hoy te envía
 su dulce melancolía
 en esta triste canción!

H. PITA BRANDARIZ.

Barcelona—1869.

SEMBLANZAS GALAICAS.

DON JOSÉ CORNIDE.

Floreció, también, en este reinado uno de nuestros más distinguidos arqueólogos, el Sr. D. José Cornide de Saavedra y Folgueira, señor de Maariz, Saá, Amoeiro y Cebreiro, según la *relación de sus méritos y servicios* como capitán de milicias urbanas de la Coruña, que tenemos á la vista (1). Nació el 25 de abril de 1734, en la Coruña, y—falleció en ella el 22 de febrero de 1792.

Infatigable por toda clase de mejoras en honor de Galicia, se le vé figurar en todas las academias y sociedades benéficas de aquella época, —pero como nosotros, no vemos en Cornide sino un ilustre arqueólogo del país natal, sólo lo consideramos digno de ocupar un lugar en nuestro libro, bajo esa clase.

Entre sus numerosos trabajos literarios, no mencionamos, pues, sino los arqueológicos,—que son los únicos suyos, á nuestro juicio, que vivirán en el Tiempo:

1.º *Disertación geográfica histórica*, sobre cual hubiese sido el antiguo asiento de la ciudad Limica ó Lémica, señalada por pátria de Idacio en el prólogo de su crónica.

2.º *Las Casiterides ó islas del estaño* restituidas á los mares de Galicia.

3.º *Investigaciones sobre la fundación y fábrica de la Torre de Hércules*, etc.

Escribió muchas más obras sobre antigüedades, pero como quedaron inéditas, nada y nada sirvieron para ilustrar al país. Entregadas á la Academia de la Historia como á un centro de luz, allí quedaron *sepultadas* en las tinieblas.—*viceversa* cruel, que no acertamos á comprender en esta época de gran publicidad.

Esa pretenciosa y descontentadiza Academia de la Historia, fué el *panteón* de todas las que se escribieron de Galicia. Entre su dorado polvo, durmie-

ron el sueño del olvido, sino lo duermen aún, las inéditas Historias de Galicia de los laboriosos monjes y frailes Alonso de Novoa, Atanasio de Lobera, Gregorio de Lobarinhas, Juan Salgado de Araujo, José Bugariños, Rodrigo de la Piñuela, Francisco Trillo y Figueroa, Juan Alvarez Sotelo, Antonio Rodríguez de Novoa, Antonio Riobó y Seixas y otros padres graves más, así como muchos noviliarios y disertaciones sobre puntos interesantes de la historia del país. Allí fué á parar todo, allí va á parar todo. ¿Para qué? Para que allí se archivaran perezosamente, y Galicia se quedara sin esos trabajos de suma importancia civil y política.

En parte les estuvo y está bien empleado á sus autores, *esa muerte al nacer*;—porque en su vanidad por obtener sancion ó elogios de aquel soporífero cuerpo, no tuvieron en cuenta que la verdadera sancion y los verdaderos elogios los reciben las obras del público y de la posteridad. Un buen historiador no debe ir á la Academia de Madrid con su obra debajo del brazo. La Academia, *es la que debe venir á él*. Y si no viene ¿qué mejor academia, qué mejor tribunal que el público y el Tiempo?

Si el Sr. Cornide no se hubiera pagado de la Academia de la Historia y como él los demás autores, llevando allí sus preciosos trabajos —en vez de lamentar nosotros y el país el bautismo de luto y olvido que recibieron esos mismos trabajos, ellos estarían hoy irradiando sus resplandores en los gabinetes particulares. Si el Sr. Cornide y demás autores carecían de recursos para costear la impresión de sus manuscritos, fiáranlos á manos amigas, que si eran dignos de la luz, verían la luz, y no las tinieblas y el polvo en los estantes en que yacen. Nosotros tenemos la satisfacción de que en el Apéndice de nuestro libro, *resucitamos al difunto* Vasco de Aponte—literariamente hablando,—que de hallarse su manuscrito tan sólo en la Academia, jamás pudiéramos *levantar ese Lázaro* como se dice vulgarmente.

Si nuestro libro —siguiendo la corriente de la opinión entre los eruditos á la violeta—lo hubiéramos llevado á la Academia de la Historia para obtener un *exequatur* honroso. ¡desdichados! ¡más nos valiera no haberlo escrito! Aquel rollizo, coloradote y *reluciente* cuerpo hubiera anatematizado las apreciaciones históricas que entraña, por diferir de las reglamentarias y avinagradas suyas, y hubiera anatematizado más aún la afirmación que hemos engarzado en él respecto á la naturaleza de Dios!

La monopolizadora pandilla de historiadores *inéditos* que se titula Academia de la Historia—panteón de cien historias y noviliarios manuscritos de Galicia—ha sido fatalísima para la ilustración del país. En vez de proporcionar á sus autores medios de publicidad ó insertar sus obras en los tomos de memorias que dió á la estampa periódicamente, ha hecho el papel de un cementerio intelectual, pues como los cementerios, jamás soltó su presa sino en polvo. Centro de sabiduría histórica, para absorberla é irradiarla á la vez, fué mas bien un pozo profundo de oscuridad. Palpitante y viva negación de sí misma, después de haber centralizado los mejores datos para dar á luz una *Historia de Galicia* y otra de España, ni dió la una ni la otra. ¿Qué más prueba que esto último para justificar su con-

(1) ECO DE LA REVISTA, periódico de la Coruña, 1852.

denacion? Y un pandillage cortesano de tan falso brillo, y una *oligarquia literaria* semejante, ¿aspira à imponer su criterio al génio, cuando nada y nada ha producido colectivamente? ¿De dónde tomó esa autoridad? ¿en que obras está basada, que el público tenga en gran estima? Si esos hombres se llamaran Enrique Florez, Juan de Mariana, Masdeu, Mora'es, Garibay, Zurita, Romey, Lafuente, etc.; nada tendríamos que preguntarles porque esos hombres llevaban la autoridad y la luz en sí mismo. Pero personas que ignoramos por qué títulos se erigian en *dictadores* de los trabajos históricos, constituyéndose en Academia ó en soberanía del saber, eso sobre ridículo, es absurdo; sobre risible, repugnante.

Lo más singular de esa apollada oligarquía literaria llamada Academia de la Historia, es que en su infalibilidad, ella no admite criterio alguno superior para la apreciación de hechos históricos. Su soberanía, no tiene igual ni mayor. No puede darse soberbia más despreciable en una corporación que no pasa de ser una parietaria, extendiendo la red de su muda autoridad intelectual sobre cien y cien paredes de manuscritos. Porque—estéril como la misma esterilidad, especialmente respecto à Galicia, —en donde empieza y en donde concluye su autonomía en historia?

Desdichado Sr. Cornide y desdichados autores galaicos que llevaron à aquel sepúlcro del saber, las ondas de luz de su intelectualidad esplendorosa! Desdichada Galidia, también, que *debiste* tener ya hace mucho historia propia—producto de aquella colectividad de sabios de un valor problemático,—y hasta hoy, hasta hoy han nacido y muerto tus hijos sin poseer un libro que, como el que escribimos, recopilara las glorias y los reveses de las generaciones pasadas!

Estas mismas consideraciones, arrancaron un grito de dolor al Sr. Verey y Aguiar en el discurso preliminar de su Historia de Galicia —¿Por qué la Academia de la historia—decía—no ilustra y publica, siquiera las medallas é inscripciones que se le remitieron de Galicia? Una inscripción en una lámina de bronce hallada en la villa del Bollo, remitida por D. José Quiroga. Varias inscripciones halladas también en el país, remitidas por D. Antonio Rioboo y Seixas. Copia de otra hallada en Ginzó de Limia con el examen que hizo de ella Campomanes. *Para este fin las han recogido los sabios y los curiosos: y esto mismo sería un estímulo para la remisión de otras que se hallan à cada paso. De otro modo, pasará una larga noche sin saber los españoles las preciosidades de nuestra antigüedad.*

En efecto, se murió Verey y Aguiar sin ver esas inscripciones, y también nos moriremos nosotros probablemente sin verlas,—asi como los trabajos históricos de Galicia que yacen inéditos y apollados en los abismos de esa *lóbrega* Academia, evidentemente enemiga de la luz. Esa desdichada cuanto relamida corporación, lejos de ser un centro de esplendor para Galicia, ha sido y es un antro de oscuridad. Es la negación de sí misma. Es una institución contraproducente, que atrae, no para ilustrar, sino para devorar.

B. VICETTO.

(HISTORIA DE GALICIA.—Reinado de Carlos III)

LA RISA DE ROSA.

A mi muy buena amiga

la Srta. D.^a Rosa Brocas y Gomez

¿Qué importa una hoja más?

Voy á arrancarla

de la flor de mi vida;
con recuerdos de ayer voy á adornarla
y á ofrecértela en cuento convertida.
Es para mí la dolorosa historia
de una ilusión pasada
y tan sólo se agita en mi memoria
al eco de una alegre carcajada.
—¿Pues qué, preguntarás; con la alegría
se recuerdan historias lastimeras?
—¡Están tan enlazadas, vida mía,
las penas y las dichas verdaderas!...
Cuando la tarde, en lánguido desmayo,
se vé desaparecer, casi sin huellas,
del sol al postrer rayo,
llega á encender la noche sus estrellas.
Así la última lágrima que vierten
los ojos al dolor, se trueca en risa;
y las perlas vertidas se convierten
en plácida sonrisa.

I.

¿Qué hermosa era! Sus azules ojos,
fugitivas estrellas semejaban,
y por ellos pasaban los enojos
y á su sombra las dichas se quedaban.
No es tan dulce de un ángel el suspiro
cual sus acentos puros, divinales,
que al flotar en el aire en leve giro,
movian de sus labios los corales.
¿Su tez? No hay azucena
que mostrara en sus hojas tal blancura,
que ella al prado robó, de hechizos llena,
la gentileza de la flor más pura.
Jóven, cándida, hermosa,
tesoro de ilusiones y alegría,
era esa niña; se llamaba Rosa,
y era rosa que al céfiro se abría.
Todo á sus ojos revelaba encanto:
la flor, el arroyuelo,
la pintada avecilla con su canto,
la estrella tembladora con su cielo.
Pero las flores en su dulce aroma,
la decían: «amor», la clara fuente
murmuraba al coñir la verde loma,
también, «amor», en su feliz corriente.
Los pájaros cantaban sus amores
y las puras estrellas encendidas,
escribian con claros resplandores
frases de amor sentidas.
¿Qué es amor? á sus sólas preguntaba;
y el ave, de su nido,
con su canto mejor le contestaba;
la flor con su color más encendido;
la fuente en su murmullo,
y el arroyuelo claro con su arrullo.
«Si eso es amor (asi pensaba Rosa)
es el amor la vida;
pero una vida plácida y hermosa
en donde todo á reposar convida.
Si es el amor el beso
que dá la brisa á las movibles hojas,
y el lánguido embeleso
que une á dos astros en sus luces rojas,

yo quiero amar; sentir dentro del alma,
del fuego del amor dulces primicias;
yo quiero amar para vivir en calma,
para gozar tan mágicas delicias.»

II.

Y al fin amó. Las tiernas emocionea
que dá el amor primero,
su corazón llenaron de ilusiones
y su pecho de goce placentero.
Amó la bella Rosa
con todo el fuego de sus tiernos años,
como ama cualquier niña candorosa
cuando ignora que existen desengaños.
Se abrió su corazón á la esperanza
que infunde al alma tan falaz quimera,
y las horas de dulce bienandanza
miró pasar en rápida carrera.
Mas la ausencia y los celos,
la hicieron comprender con sus pesares,
que también el amor causa desvelos
y penas á millares.
Cuando, ausente, buscaba en los reflejos
del limpio sol, la imagen adorada,
la veía lucir; pero tan léjos,
que temía el llorar abandonada.
Cuando en su soplo las ligeras brisas
recordaban al sér que amaba tanto,
las candidas sonrisas
dejaban su lugar al triste llanto.
Tuvo celos despues; sintió en el alma,
que siempre en vano con amor se escuda,
disipando su calma,
los horribles tormentos de la duda.
¡Ay! Y entonces lloró lloró afligida,
lamentando su suerte,
y decía al llorar: — «No; no es la vida:
¡el amor es la muerte!»
Las lágrimas robaban
la clara luz á sus azules ojos;
su blanca tez ajaban
y en sus labios dormían los enojos.
Pero seguía amando;
con su fé acariciaba sus dolores,
unas veces llorando,
y otras veces riendo en sus amores.
Así Rosa vivía
y ella misma su vida no explicaba;
que si un beso de amor la entristecía,
una frase de amor la electrizaba.
Y en dulcisos excesos
que la inspiraba su cariño loco,
de miradas y besos
iba formando un lazo, poco á poco.
Lazo de amor, de tristes emociones
y de gloria engañosa,
que debiendo juntar dos corazones
sólo apretaba el de la mártir Rosa.

III.

Viendo despues sus ilusiones puras
con ingrato abandono marchitadas,
por no ahogarse en un mar de desventuras,
se ahogaba en otro mar de carcajadas.
Pues de su triste lloro,
derramando el caudal día tras día,
vió agotarse el tesoro
que encamara al correr tanta agonía.
Y sin lágrimas ya, sin ilusiones,
que endulzaran su suerte,
llegó á anhelar las frias emociones
del sueño de la muerte.

Sintió que su razón la abandonaba
y que en vano su auxilio la pedía;
por su razón lloraba
y un momento despues ¡local reía.
No la hablaban de amores,
como en horas más bellas,
ni la fuente en sus púlicos rumores,
ni en su palido brillo las estrellas.
Si del ave escuchaba
el canto enamorado de alegría.
¡Tu no sabes amar! Rosa gritaba;
¡Tu no sabes amar! y se reía.
Vive hoy Rosa muriendo,
sin fé y sin corazón, abandonada;
y está siempre riendo,
y es su vida una eterna carcajada.

Tal es, amiga mía,
la entristecida y lastimera historia,
que esa grata explosion de la alegría
agita en mi memoria.
Tú que llevas el nombre de la bella
tan poco venturosa,
si llegas á sentir una querrela,
nunca te rías como lo hace Rosa.

VICTORINO NOVO Y GARCIA.
Madrid, julio 1874.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA
Desde Compostela á Guntin de Pallares.

III.

El nacimiento del Ulla. — Monterroso. — La sierra de Ancares. — Guntin de Pallares.

Pasada la taberna de Lamela, el país cambia de aspecto más y más á medida que se acerca el término de la jornada. Ni en la parte vegetal ni en la geológica es esta comarca lo mismo que la anterior. En la parte vegetal está caracterizada por gruesas retamas arboreas y por vigorosos brezos; en la geológica por pizarras ó esquistos pizarrosos, que aparecen primero en trozos colosales, clavados verticalmente sobre la línea culminante de una larga cordillera, que se prolonga de N. á S. con el nombre de peñas de Ambarria. Parece que concluye al N. en la erguida cúspide del monte de S. Cristóbal, en el cual nace el Ulla para recojer la multitud de arroyos que caen de los varios senos de toda la línea, formando en el valle con los de la parte opuesta como los surcos de una gran concha de más de dos leguas de diámetro, abrigada en toda su circunferencia por altas montañas, y una de las más pobladas de Galicia. Sin embargo, á nuestros ojos se presentaba como un triste desierto, porque caminábamos por el reverso de uno de los bordes más apartados de la concha, y se halla ésta misteriosamente escondida entre los pliegues de las montañas. También las casas han mudado de techumbre para situarse en este país, en que todo ha cambiado; así las cuatro ó seis de Portas, y alguna otra que se vé léjos, están cubiertas de anchas hojas de pizarra sobrepuestas como las escamas de un pez.

Aquí se sube una cuesta para colocarse en Monterroso, extendida mesa desde cuya entrada se avista á unas veinte leguas la sierra de Ancares, muralla natural que divide á Galicia de Asturias y Leon. Es admirable la fuerza de vejetacion con que aquí se desarrollan los brezos y su extraordinaria abundancia; no hay un punto en que pueda sentarse el pié sin tocar un matorral, á excepcion del camino; formado por el polvo de las negras pizarras, y más negro ún que ellas cuando está húmedo, se pierde muy pronto la vista entre las sombras de la maleza, y entre tanto se descubre, aparece como una cinta de raso negro tendida sobre funebre crespon.

Así que se empieza á bajar la vertiente que desagua en el Miño con el intermedio del rio Ferreiro, se levanta entre los espesos arbustos la roca pizarrosa en trozos considerables muy parecidos á los lienzos descalabrados de ruinosos edificios próximos á desplomarse del todo. ¡Qué horrible es ensanchar entonces las negras pupilas y no ver en torno más que Peña-cos vacilantes sobre una interminable alfombra de luto! ¡Como acongoja elevar los ojos al cielo y no encontrar el sol, mirar á la tierra y no percibir morada alguna de hombres! ¡Cuán lúgubre armonía es la que producen los pasos en este suelo fofo, y el tardo aletear de alguna perdiz que huye, el lejano berrido de una cabra extraviada y mil otros ruidos confusos é indefinibles! Todo esto es una magnífica decoracion para un terrible drama, mas cuando se aliende á que tiene por último término la sierra de Ancares brillando lejos, muy lejos, con un hermoso color rosado, que el sol dá desde su tumba á la nieve de los agudos picachos ¡Oh! entonces es aquella una decoracion sublime que no cabe en nuestros sentidos, un mundo nuevo en que vivimos por primera vez, una obra incomprendible que Dios muestra al hombre para hacerle pobre de espíritu, una imagen exactada de la verdad, que brilla con el reflejo de la luz del Altísimo á lo último de las denegridas malezas del mundo, allá muy lejos, y con sus más encumbrados puntos inaccesibles..

Durante el largo trecho en que continúa delante de los ojos la blanca sierra y la umbria espesura, el corazon permanece inmóvil arrobado; pero luego late sobresaltado al encontrarse al borde de elevadas pendientes, que descienden bruscamente por todas partes. Teme allí el viajero rodar como piedra inerte hácia un abismo, y en especial al bajar poco á poco con la caballería del ronzal al rio Ferreiro, que emboscado como un vandido en lo más profundo de los despeñaderos, va á sorprender al Miño. Se pasa allá abajo un puente de madera, el puente Caballar, del cual ha caído al agua más de una vez algun macho con su carga ó su jinete. En seguida por entre las descarnadas raices de corpulentos árboles, en cuyas ramas flotaban, en vez de hojas, vistosos penachos de musgo, subimos á Guntin, que domina el angosto vallecito de Ferreiro, desde una colina, que le sirve de trono, como á rey salvaje.

En Guntin nos apeamos en un meson espacioso. Varios pasajeros sentados al rededor de los tizones mantenian una conversacion animada é interesante, en la cual cada uno hablaba de lo que entendia. Los arrieros se informaban reciprocamente de los varios precios á que en diversos puntos corrian los

géneros especiales de su tráfico, nombrando á menudo la feria de San Blas en Puerto Marin. Los amos de la casa trataban de camas, luces, cenas y piosos. Unos quintos que iban al depósito de Lugo de informalidades en los alistamientos y sorteos y de injusticias en excepciones y licencias. Pero había allí una inteligencia que dominaba todas las conversaciones, se apoderaba de ellas y las hacia doblegarse á su gusto: era la inteligencia de un caballero peliblanco, de rubia faz, ojos penetrantes y afable sonrisa. Por su desembarazo y ese sutil manejo de la conversacion se conocia que estaba muy acostumbrado á los viajes, y que sabia sacar partido de las molestias anejas á ellos. Primero hizo recaer aquellos bastos discursos sobre fábricas de curtidos é inquiria con admirable sagacidad el estado, método y gobierno económico de la últimamente establecida por Crispo en la maragatería. Después revisó las herrerías del distrito en que nos hallábamos, asegurando que la falta de buen carbon á pesar de tanto brezo, y los mal entendidos medios de explotacion y laboreo habian de arruinar al cabo á los actuales empresarios como arruinaran á los anteriores. En el aposento inmediato se trataba únicamente de las numerosas vacadas que trasladaba á Madrid la mutua pugna de dos ó tres lugueses, y del bajo precio que no obstante conservaba el ganado en los mercados del centro de Galicia. Ya se recorrian las malas posadas de nuestras carreteras para compararlas á las de Larouco cerca de Orense, ya todos los reinos de Europa para deducir que España era el que estaba peor. Con todo esto pasaron más rápidas las horas, y fueron despues más gustosas las que en el lecho se dedican á los varios recuerdos del día.

J. M. GIL.

1850.

DEBER.

Tu corazon enfrena
y aparta de mis ojos tu mirada;
capullo de azucena,
no sueñas con la fuente envenenada.

No bajas al abismo
desde ese azul en que feliz resbalas,
mi hidrópico egoismo
para volar, robárate las alas.

Angel, sigue tu giro,
no creas el amor que te revelo...
¡yo soy, cuando te miro
un condenado hablándote del cielo!

ALFREDO VICENTI;

Santiago—1874.

GALICIA ZOOLOGICA.

EL LOBO NEGRO.

(Continuacion.)

Deben secarse á la sombra; y cuando perdieron enteramente la humedad, se muelen con separacion, se pasan por un tamiz fino, y se hace la mezcla de los cuatro polvos en proporciones iguales, la cual se

guarda en un frasco bien tapado, para hacer el uso conveniente.» (1) Estos mismos polvos les aconseja contra la mordedura de la víbora. Se usan en cantidad de una draema para los animales y media para el hombre, mañana y tarde por espacio de nueve días, disolviéndolos en agua comun.

A pesar de aconsejar algunos que los ganaderos y agricultores deben tener dichos polvos, nosotros no lo juzgamos suficiente en el mayor número de casos, ni tenemos noticia de un sólo enfermo curado por este medio. El seguro, el único podemos decir, es la cauterización inmediatamente, profunda y completa, pero no con esceso. Cuando la mordedura fué profunda, conviene cauterizar con un hierro que penetre bien, y para esto nada mejor que un clavo enrojecido, pues de nada serviría una cauterización superficial si el *virus rábico* queda en el fondo de la herida. Conoci á un aldeano que habiendo sido mordido por un perro rabioso, tuvo todo el valor necesario para cortarse al rededor de la mordedura con una navaja. Algo brutal nos pareció el hecho, pero el buen hombre aducía en su favor la fuerte razon de que, sin aquel pedazo de carne podia vivir, mientras que de no arriesgarse á ello tenia la muerte segura.

El lunes 12 de noviembre de 1849, una comision de la Academia de Ciencias de París, se ocupó en tratar acerca de las virtudes atribuidas á la raiz de una planta, traída de Abisinia por M. Rochet d' Héricourt. Esta planta usada en el N. de dicho país (Dévratavor) con feliz éxito, fué clasificada por la Academia con el nombre de *Cucumis Abyssinica* resultando de los experimentos de M. Renault, Director de la Escuela de veterinaria de Alfort (2) que la raiz usada en Abisinia contra la rábia no parece poseer las propiedades que le asigna M. Rochet d' Héricourt.

Sin embargo, bien podria el Instituto tomarse la pena de repetir los experimentos, para decidir en una cuestion tan grave, estudiando, con más detenimiento la raiz ó comisionar á personas que la fuesen á observar, para adelanto de la ciencia y bien de la humanidad.

VICTOR LOPEZ SEGAÑE.

(Se continuará.)

EL ALMA Y EL CORAZON.

—Corazon ¿sabes que dijo
la virgen á quien adoras?
que los hombres cuando amábais
erais como mariposas,
que volando en los jardines
sobre las flores se posan;
liban su cáliz... y luego
ingratas las abandonan.

—Es verdad!... vete alma mia
dile una verdad por otra;
dile que ese amor constante

de que las bellas blasonan,
es el amor de las flores:
abren su fresca corola
al rayo del sol, y luego
se marchitan ó se agostan.

—Vuelves? dime que te dijo?

—Que la verdad es notoria
más que la flor... no es culpable
y si el sol que la deshoja.

—Pues dile que en igual caso
se encuentra la mariposa:
que si en la flor no se para,
es porque tienen sus hojas
¡colores cuando la mira!
espinas cuando la toca!

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.

Santiago—1857.

LA BARONESA DE FRIGE.

XII.

Sobre el abismo.

Oh! yo bien veia la orilla, bien veia los robles,
bien quiera empujar el bote hácia aquella parte,
pero la corriente ya no nos dejaba, arrastrandonos
en sus arrebatadas alas con furia vertiginosa.

Faltaban como unas veinte brazas para llegar á la
presa, y Piedad, no sé porque impulso, se puso en
pié cruzada de brazos. Yo la imité, por qué de este
modo, si el agua no era mucha sobre la presa, podia
saltar sobre ella con rapidez y quizá detener la arran-
cada del bote por un esfuerzo supremo.

Llegamos á la presa... ¡qué momento! Con ater-
rados ojos medi la extension del abismo que se abria
á mis piés, y buscando moral é instintivamente un
punto de apoyo para que el vértigo no se apoderase
de mi, sólo lo encontré en una mirada rápida de Pie-
dad, que permanecía absorta en una desesperacion
pasiva.

Entónces, encima ya de la presa y sobre el abis-
mo, la miré en el profundo azul de sus ojos, un vago
temblor agitó mi cuerpo á la vez, y me arrojé de un
salto junto á ella, abrazandola contra mi pecho.

—Muramos juntos!—baluceé.

—Muramos juntos, repitió sofocadamente como
si fuera mi eco.

Pero con harto asombro de ámbos, y de todos los
que miraban la escena sin podernos salvar, el bote se
detuvo rectamente sobre la presa, con la proa exten-
dida ya sobre el abismo, es decir, con la proa fuera
del lecho del rio.

¿Qué milagro se operaba en aquel instante?

La presa tendria como unas cinco varas de espesor
en su altura, por donde se precipitaba toda la
manga del rio del Castro; el bote tendria unas siete
varas de longitud, de modo que la proa estaba ya
sobre el desnivel y en pleno vacio; el agua corria por
encima de la presa con media vara de altura; el bote
flotaba, pués; pero ¿quién lo detenia para caer sobre
el mar haciéndose astillas y despedazándonos á
nosotros? ¿Qué mane tan invisible como poderosa lo
clavara sobre el precipicio?

Yo no me pude dar cuenta de esto, porque la in-
teligencia parecia haberme abandonado. Lo que hice

(1) Cavanilles, lugar citado.

(2) Comptes rendus de l'Institut, &c. 25 agosto
1857.

fué, aprovecharme por instinto de aquella súbita parada, saltar sobre la presa, haciendo fuerza de hincapié para que el agua no me arrebatara, —y en esta disposición, y agarrado al bote, esperar el socorro que pudiera ocurrirsele al señor de Monselán.

En efecto, tan pronto como los criados de Queiroso vieron con el mayor asombro al bote detenido en la cima de la presa y á mi de pié sobre ella, se precipitaron por ámbos lados de aquella robusta y elevada muralla para llegar junto á nosotros, pero afirmando los piés cuanto podían sobre los guijarros de su empedrado, á fin de no ser arrebatados por la fuerza de la corriente: á ellos y á mi, nos valía mucho nuestra musculatura de acero.

Gracias, pues, á este auxilio, trasportamos á Piedad sobre la balastrada, donde la recibió santiguándose el señor de Monselán; pero ¿y el bote? cómo explicar su fijeza? Examinándolo los criados, bien pronto dieron en el *quid* del milagro, y amarrándole una cuerda, lo salvaron también, alando por él hacia el muelle de la hacienda.

El *quid* del milagro, lo que nos había salvado, fuera el timon. Como el timon sobresalía una cuarta de la quilla, al deslizarse el bote por encima de la presa, quedara sugeto por el sobrante del timon pegando contra el cantil; y el salto mio desde proa á popa para abrazar á la baronesa, había contribuido más y más á salvarnos, porque con todo el peso á popa, el timon hacia más firme, más garra. Si, por el contrario, Piedad hubiera corrido junto á mi, el peso de los dos en la proa hubiera hecho inclinar el bote sobre el abismo, por poco peso que mandáramos, y como se alzaba el bote entonces de popa, se hubiera alzado á la vez el timon, se hubiera desprendido de la presa, y... hechos pedazos, hubiéramos bajado á los profundos infiernos de la mar.

XIII.

En la soledad del océano.

¿Afirmaríais que la baronesa se había arrepentido de su aventura peligrosísima en el río del Castro y que tomaría horror al agua? Nada de eso. Por más que el señor de Monselán le hacía cargos, ya severos ya cariñosos, sobre sus imprudentes caprichos, ella los rechazaba con una entereza singular. Su carácter indómito, me alarmaba como á los demás, y como á los demás me impresionaba hondamente su virilidad ingénita bajo un exterior de ángel.

—Cómo! —le dijo por último varonilmente al mayorazgo de Queiroso, — si creéis que, por lo que me acaba de suceder, desisto de ir en seguida á pasear por mar!... No, señor de Monselán; ahora mismo, tan pronto tome aquí algo, iré á pasearme por el Seno de Nemiña... y despues visitaré las furnas.

—Pero, Piedad!... imploraba el hacendado, alzando al cielo las manos; —yo no puedo comprender que una muger piense y obre en ciertas cosas como un hombre! Ya de niña eras lo mismo, un diablillo-ángel.

—Nada, nada, tío querido; yo no cedo; —y si no queréis prestarme vuestro bote, fletaré el de cualquier marinero.

—Bien, Piedad; pero en ese caso, ya que persistis... iré mi bote tripulado por cuatro ó seis criados de Queiroso, de los que remen mejor.

—Ni uno sólo, señor de Monselán; porque de ese modo no me divierto, no afronto para el caso ningún peligro. Eso sería lo más monótono del mundo, sobre ser vulgarísimo. Iré sola y á la vela. Únicamente me acompañará el señor German para ayudarme á subirla y á cambiarla.

No hubo forma de reducirla, por más esfuerzos,

por más ruegos que empleó el bondadoso hacendado de Nemiña: —y despues que nos sirvieron unos pasteles de hojaldra y Jerez perla, Piedad y yo nos embarcamos en el bote menor, de los dos que el señor de Monselán tenia fuera de su hacienda que caía sobre el mar.

Una vez en el bote, que era finísimo, construido en Inglaterra y con vela latina pero más pequeña de lo que demandaba sus dimensiones, nos hicimos al océano con rumbo al oeste.

Piedad iba al timon, yo de proel.

Piedad, jamás pudiera haber elegido una mañana más bella para nuestro paseo por mar, y sobre todo por aquel mar del *fin de la tierra*, Finisterre.

Aunque hacia algun calor, el *terral* corría fresco y perfumado con las mil emanaciones de una naturaleza virgen, por lo mismo que tan inculta se presenta por aquella parte de la costa —ángulo del mundo,—y que no pertenece en rigor al oeste ni al norte.

La situación no podía ser más poética, más impresionable, más á propósito para mi génio especial. Todo me era desconocido y agradable; pais, personas y horizontes. Hasta las aves que cruzaban cerca de Piedad y de mi, parecían tener otros colores y otros cantos distintos de cuantas había visto: hasta las ondas de aire que aspiraba, parecían embriagar mi alma de misterioso encanto.

Antes de ver las furnas, Piedad quería que paseásemos por mar; —y gracias á la calma con que extendía su plateado y apenas móvil cristal, era de gran sensación nuestro paseo por él, *navegando á un largo*, pues no podía darse nada más de icioso despues de las terribles impresiones que acabábamos de experimentar sobre el abismo de la presa.

A muchos de nuestros lectores, les parecerá inverosímil estos recuerdos, porque para ellos es inverosímil todo lo que no sea vulgar, ó lo que es lo mismo, todo lo que no les pase ó haya pasado á ellos en la comedia de su vida, comedia á la que ellos llaman drama con ojos lacrimosos. Precisamente esas cosas ó cosas parecidas, son las que por su trivialidad ó insulséz no debieran, ni ellos refirlas ni los demás escribirlas. Lo que se debe escribir, lo que se debe publicar es aquello que no es vulgar pero que está dentro de la vida real, de la vida práctica. Los caracteres singulares, pero efectivos; los sucesos extraordinarios, pero positivos, e-o en conjunto es lo que se desea leer por el verdadero público ilustrado. Entre lo demasiado inverosímil, como los amores de callejuela, y lo demasiado inverosímil, como los amores en que interviene el diablo, ó una princesa encantada, ó un moro nigromántico, hay el drama íntimo, la vida íntima, cuya fisiología no puede ser jamás vulgar por lo mismo que se procura velar, por lo mismo que es íntima. Lo muy trascendental que queremos expresar en estas líneas, nuestros lectores más inteligentes ya lo habrán empezado á comprender en el cuadro de *El infierno de la sensualidad*, y nos comprenderán mejor en éste y en el que le sigue.

Navegábamos, pues, á un largo á favor del *terral* que soplaba casi consecutivamente, —y bien pronto las montañas de la costa empezaron á reducir sus colosales dimensiones para nuestra percepción, veladas por la lontananza y por la bruma caliginosa, —especialmente por la parte de Nemiña y Lires.

Ibamos ya á la altura del cabo de la Nave, —y pronto nos hallaríamos en pleno océano, y entre los dos cabos más formidables del mundo, Finisterre y Touriñán.

Piedad, siempre á la popa, atenta á la escota y al timon, y yo á proa, extendiendo la vista por la mar alta, —apenas habíamos cruzado dos palabras, como si nos desconociéramos ó nada nos interesara

recíprocamente. Mi abstracción fácil era comprenderla, dado mi carácter, mi situación, y lo peligrosa que era para mí la pasión que me inspiraba aquella hermosura; pero la abstracción suya excitaba vivamente mi curiosidad. ¿En qué pensaba la baronesa? Efectivamente sólo le preocupaba la escota, el timón y el rumbo, ó en aquella soledad se abría su alma como una flor á la vida de goees desconocidos y siempre soñados en la mujer? Qué! no palitaba aquel corazón joven, más que para el peligro y para el misterio? Qué! acaso no había amado nunca? Qué! acaso como todas las mugeres no anhelaba, no soñaba con la imágen de un hombre que la ahagara, ya recordándolo si ese sér estaba ausente, ya mirándose en él si ese sér era yo? Pero ¿cómo tener o esta presunción? Como ella, mi señora, había de descender, de preocuparse de mí en aquellos instantes en que se creía para el caso sola en la inmensidad del océano? Esto era absurdo de todo punto, y como tal lo rechazaba mi criterio.

Y sin embargo—estas ilusiones vagas é indeterminadas de un pobre loco, empezaron á tomar cuerpo y forma en mi cerebro con más pertinacia cada vez... cada vez que el rayo vivido de mi pupila hería por casualidad el azul brillante y húmedo de sus ojos.

En esos instantes muy pocos por el respeto que me debía inspirar, —parecía que nuestras almas no eran refractarias y que se tomaban respetivamente algo, la una de la otra, como si por medio de una irradiación eléctrica y superior á nuestra propia voluntad, fendieran á fundirse en una ó en un sólo deseo.

De repente me conmovió una duda. ¿Cuál habría sido la vida de Piedad en Madrid?... Habría tenido amores?... De seguro que sí, dado su carácter voluntarioso y novelesco. Pero ¿qué clase de amores habrían sido? puros ó impuros? Ah! lo primero era inadmisibles para mí. Amores platónicos ó espirituales en Piedad, imposible. Amores turbulentos y aventureros, eso sí que era lo más posible. ¿Y por qué se entrañaba esta última afirmación en mí?... ¿Me la inspiraban sus formas voluptuosas ó su carácter? Tal vez lo primero, tal vez lo segundo, tal vez la armonía de ambas cosas. Ah! para mi razón, tanto engenio como en figura, Piedad era una mujer enteramente creada para la vida del placer, —y ni la educación, por rígida que fuere; ni las contrariedades del destino, por violentas que se presentaran, podrían docilitar á aquel sér especial y modelarlo en la turquesa imperiosa de las conveniencias sociales. Piedad era ella, y nada más: ella, tan libre como hermosa; ella, inconsciente de su carácter y su belleza; ella, el rayo que hiere ó el relámpago que ilumina en una noche oscura.

Y una vez que, bajo esta fase peligrosa, entrevia mi espíritu á Piedad, ¿por qué yo no huía de ella, porque yo, consciente de su carácter y su belleza, no ponía término al sensualismo que me inspiraba y que concluiría por aniquilarme, ya su amante ya su marido? ¿Por qué no huía yo de aquella sirena arrebatadora, si aún era dueño completo de mi voluntad?

Hé aquí lo que me perdía, he aquí lo que me hacía descender precipitadamente al abismo que se abría á mis piés, el creerme siempre dueño de mí y fuerte en cualquier momento dado para vencerme y evitar el desvarío, el vértigo que me encadenaba á aquella belleza singular. Hubo momentos, sin embargo, en que vacilé, en que la voluntad se me escapaba, y quise llamar en mi auxilio el honor, la honra de mi estirpe, la pureza histórica de los Lopez de Lemos, pues conocía que desde que yo me enamorara de la baronesa, debía concluir mi farsa de pasar por administrador suyo. Esto era poco noble, poco caballeresco, dado ese caso. Manchar yo los cuarteles del limpio escudo de los condes de Amarante con una villa-

nia tal, y tanto más villanía cuanto que aquella mujer se me presentaba indefensa por la misma expansión de su carácter,—cosa era que me aterraba, mi diendo con deslumbrados ojos la extensión del precipicio por que me sentía rodar instantáneamente.

Aquel abrazo, aquel abrazo que nos diéramos espontáneamente en el momento en que íbamos á morir de puzados: aquella actitud recíproca que tomáramos en un momento supremo; aquella vibración en fin armoniosísima de nuestras almas sobre la presa de Queirosó, había est blecido como un lazo sagrado para los dos. Desde aque abrazo yo me creía suyo, enteramente suyo, y á ella la creía mía, enteramente mía. Es indudable que las grandes situaciones estab e en grandes corrientes magnéticas entre los séres, —nudos de afinidad tal, que nada los puede desatar en la vida.

—Señor German, — me dijo de súbito y sonriéndome infantilmente, —¿qué abrazo tan apretado nos dimos sobre la presa de Queirosó!

Yo me quedé helado al oír aquellas palabras.

¿Qué era aquello? ¿Qué acababa de decirme, Dios mío?

¿Qué, acaso su alma era mi alma y su ser mi propio sér para dirigirme semejantes palabras en aquellos momentos, en aquellos momentos en que yo todo entero vibraba con igual sentimiento! ¿Por qué aquel recuerdo dulcísimo en el instante mismo en que mi espiritualidad se mecía en la rosa y nácar de su encanto? ¿Qué afinidad, qué corriente eléctrica había entre nuestras almas para sentir una misma sensación amante, sin aperibirnos de ello recíprocamente?

—¿No me contesta V., señor German...? volví á decirme viendo mi silencio.

¿Qué había de contestarle si sus palabras me sobrecogieron de asombro cual si mi alma si dividiera en dos mitades, y la una interrogara á la otra?

—En efecto... tartudé yo por decir algo en medio de mi anonadamiento.

Y me sonrojé como un niño.

—En efecto... qué... — insistió la baronesa cándorosamente. — Y para decir eso — prosiguió — se pone V. encendido como una guinda, señor German! ¿Acaso le dura á V. el miedo que experimentó?

—Miedo no, señora. ¿Cómo tener miedo al morir al lado de V.! Si alguno tuvo no fué por mí, fué por V. Ella caló entónces.

Sin querer, le llegaba yo al fondo del alma.

Sin querer, le venía á decir que mi vida no era nada para mí comparada con la suya.

Sin querer — más que en mis palabras, en la vibración de mi voz, — le decía que la adoraba más que á mi mismo.

La baronesa se replegó, pues, en sí como una crisálida en su capullo.

El abismo se ahondaba, se ahondaba... — y los dos nos precipitábamos inconscientemente por su pendiente rápida, como al impulso de una potencia superior á nuestras facultades. Cada palabra, cada mirada, cada actitud no eran sino nuevas ondas de aire en descenso que ganábamos hácia el fondo de nuestro infortunio.

B. VICETTE.

(Se continuará).

RECTIFICACION

En la balada del Sr. Vesteiro, *Ojeas y canas*, inserta en el número anterior, se cometió la notable errata de poner *orejas* en vez de *ojeras*. Nuestros abonados podrán corregirla sencillamente con una pluma, ya en el título, ya á la conclusión del texto.